



## FRANCISCA SANCHEZ O LA ETERNIDAD DEL AMOR

Dr. OSCAR ECHEVERRI MEJIA

Francisca, una figura de cuento de Tágore, encontrada por el poeta americano en un jardín madrileño. Significación lírico-amorosa de Francisca Sánchez en la vida del gran nicaragüense.

—I—

Siempre he tenido una profunda devoción por Rubén Darío y mi primera visita al Seminario-Archivo del poeta en Madrid, avivó aún más aquel sentimiento, no menos que el contacto con ese fervoroso centinela de la memoria del nicaragüense, Antonio Oliver Belmás, director del archivo de Darío y del seminario a él dedicado.

Produce cierto hondo escalofrío el hojear esas páginas en las que reposan las cartas del poeta, sus manuscritos íntimos, poemas desconocidos, confidencias que desnudan al hombre en su intimidad. Y ver las fotografías —de todas las épocas—, con un final trágico, en que aparece Rubén agonizante, documento único en la historia de los grandes artistas de la humanidad, ante el cual se siente una indefinible sensación, mezcla de terror, piedad y protesta.

Por todo ese tesoro de recuerdos y de hitos de Darío, flota —como una bandera humana— Francisca Sánchez, a la que el bardo inmortal pidiera un día casi con angustia: "Francisca Sánchez, ¡acompáñame!".

—II—

En el reciente libro de Oliver Belmás, que he comentado hace poco, el biógrafo narra cómo conoció Rubén Darío a la "hija del jardinero del rey", como Rubén la llamaba.

El nicaragüense (ya de 32 años), visitó en la primavera de 1899 la casa de campo de Madrid, en ese tiempo propiedad real, para penetrar a la cual había que pedir permiso. Oliver dice de Darío que era "un descendiente de Nicarao, un hombre pálido como Moctezuma, un hijo de los volcanes y los lagos". Pero estas son consideraciones de un hombre culto: para Francisca Sánchez —hija de Celestino Sánchez, jardinero real de la casa de campo—, el que veía por primera vez era simplemente un hombre, dueño de un embrujo sobrehumano, que la hechizó inmediatamente. ¿Qué hechizo misterioso poseía ese que "podía ser nieto del Inca"? Es indudable que Rubén no solo era un ruiñón del verso, sino que —además— era un demiurgo.

Pues bien, la analfabeta Francisca, que había visto penetrar a la casa de campo muchos reyes, embajadores, ministros y duques en arrogantes coches

de caballos y trajeados con vistosos atuendos, ella, la predestinada, quedó arrobada ante el extranjero que venía (ella todavía lo ignoraba) de una lejana tierra morena que sus antepasados habían descubierto. Y, sin pensarlo siquiera, cortó dos rosas y se las ofreció. (Darío, más tarde y hasta su muerte, devolvería con creces a su amada aquellas primeras rosas).

Y allí se inició un idilio que puede parangonarse con los más extraordinarios de la historia y la literatura universales.

"El rey exótico, el rey que desde América había llegado a España, se había enamorado —como en un cuento de Tagore— de la hija del jardinero del otro rey"; nos cuenta Oliver Belmás en su libro ya citado. Pero ese rey exótico estaba casado y no podía ofrecer legalmente a esa mujer el trono de su corazón. "Mas, si en la vida

no se presentaran estos problemas, ¿qué sería de la novela?", arguye el biógrafo.

Para Darío, que no encontró freno ni en su poesía, ni en sus pasiones, ni en sus libaciones, ni en su desbordada imaginación, aquello no podía ser un obstáculo. Y no lo fue. El rey mestizo, que "escribía con las plumas que se le salían de debajo del sombrero", se llevó a su hada campesina a la calle del Marqués de Santa Ana, número 29, de Madrid. Y desde entonces (1899) hasta 1914, cuando el poeta marchó hacia su patria para no regresar jamás, fueron quince años de vida en común, dichosa y llena de ternura y nobleza.

#### —IV—

Ahora, a mi regreso a España, he vuelto al Seminario-Archivo, he conversado con Antonio Oliver Belmás, y he dicho unas palabras sobre Rubén Darío en la sala de actos del seminario, en la Calle de Alcalá, de la capital de la Madre Patria. Mi devoción dariana se ha puesto al rojo vivo, y ha culminado cuando —el 30 de marzo— he visitado a Francisca Sánchez, "la hija del jardinero del rey".

Francisca entregó —por gestiones de Oliver Belmás, y haciendo gala de su generosidad sin límites—, todo lo que tenía guardado celosamente en un baúl, que había pertenecido al amante imperial; ese tesoro, que tuvo celosamente escondido durante 40 años, forma hoy el Seminario-Archivo Rubén Darío. El gobierno español obsequió a Francisca con un cómodo piso en una colonia residencial de Madrid.

Allí, en aquella mañana que nunca olvidaré, tuve el placer de abrazar a la extraordinaria mujer, de sentir, —a través de su palpitante corazón— el hálito aún vivo de Rubén. Porque no solo su casa es un santuario en el que

---

#### DOCTOR

#### OSCAR ECREVERRI MEJIA

Nació en 1918 en Ibagué (T.). Estudió Filosofía y Letras. Secretario Fundador de la "Tertulia Literaria" del Instituto Colombiano de Cultura Hispánica que funcionó durante 1956. Es miembro de dicho Instituto. Ha colaborado en prosa y en verso en los principales periódicos y revistas del país y en algunos del exterior. Profesor de Literatura Colombiana en varios planteles educativos de Bogotá. Ha publicado hasta el momento 7 libros de poemas y tiene listos para su publicación dos más. En 1956 participó en el II Congreso de Cooperación Intelectual de Santander (España), con su ponencia "Rubén Darío a los 40 años de su muerte". Es miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua. Es Vicepresidente vitalicio de la Academia Hispanoamericana de Letras, con sede en Bogotá. Fue primer Secretario de la Embajada de Colombia en Madrid (España) en 1957 y parte de 1958. Jefe de Relaciones Públicas de la Academia Colombiana de la Lengua desde 1958. Ha sido Presidente de la Asociación de Escritores y Artistas de Colombia. Sus poemas han sido traducidos al inglés, al francés, al italiano y al portugués.

se respira unción rubeniana, sino que su corazón —todavía niño— es una entraña en la que viven el amante y el poeta como si acabaran de nacer.

No quise hacer a Francisca el reportaje "de rigor": ¡cuántas veces le habrán herido el alma con preguntas no siempre cariñosas, no siempre bien intencionadas! Me acerqué a ella como a un altar. Porque, ¿no es digna de todo el respeto humano una mujer que a los 84 años recuerda y ama a un hombre como si éste se hallara a su lado?

Otro poeta americano exclamó un día:

"Es tan corto el amor y es tan largo el olvido..." Pues bien: Francisca tuvo la riqueza del amor de Rubén por solo quince años; desde la muerte del poeta lo ha estado esperando 45. ¿Hay en la historia de la humanidad, y aun en la novelística de todos los tiempos, un personaje que exhiba una renunciación, una fidelidad tan grandes...?

Y digo que Francisca espera a Rubén, porque esa es la sensación que recibí de sus palabras. No hay que olvidar que ella despidió a su rey el 24 de octubre de 1914, rumbo a lo desconocido, y no lo ha vuelto a ver...

Sí, Francisca, es cierto, presintió la pérdida total de su amado; su corazón le dijo secreta e indiscretamente que no volvería a verlo. Pero no lo vió, no lo ha visto muerto. Para ella, más que para nadie, Rubén está vivo, sobre todo en su viejo y cansado corazón, que cuando lo recuerda (¿y cuándo no lo recuerda?), se remoja y vibra y canta como en los mejores días al lado del bardo.

Todo esto lo percibí en las palabras de la gran mujer. Creo no haberle hecho una sola pregunta. Las preguntas sobran cuando uno se encuentra, co-

mo se dice, con un libro abierto. Francisca no es ya para mí una mujer, sino un mito, una heroína, casi un personaje de novela eterna. Francisca me habló, sin yo preguntarle; no hacía falta, ¿verdad? ¿Acaso no sabía ella que estaba yo allí para verlos a los dos, a ella y a Rubén? Y él no estaba en esa habitación soleada, en ese 30 de marzo, solamente en el gran retrato que llena todo el ámbito, sino que se paseaba en la mirada, en las manos, en las lágrimas de una mujer de 84 años, que hablaba de él como si lo tuviera en los brazos....

Sí, para Francisca, Rubén no ha muerto. No son ya sus versos, que todos sabemos inmortales: es su presencia física, su honda mirada de mestizo y español. Son sus manos —que ella nos señala en "Güicho", el hijo común, cuyo retrato está al lado del de su padre—, y hasta su voz hechizante, y aun sus caricias de hombre y de dios. No en vano un día él escribió ese verso de profecía:

"A sus pies, como un perro,  
yace un amor dormido...."

Ese amor es Francisca, pero no duerme: vela día y noche. Y es y seguirá siendo "el lazarillo de Dios" en el sendero celestial del poeta; y refresca a diario —como él se lo pidió en el imperecedero verso— su hoja de laurel. Y no hay duda de que Dios la condujo "para regar el árbol de su fé". Y si no lo ha acompañado "hacia la fuente de noche y olvido", es porque ella, como un perro fiel, se ha querido quedar al pie de su sepulcro, guardando no solo sus huesos sino su memoria. Y así obedece la súplica conmovida del poeta cuando le dijo:

"Francisca Sánchez, ¡acompañame!"  
pues, ¿qué otra cosa sino acompañarlo en su peregrinar de la gloria, hace esta extraordinaria mujer....?